

FANTASTMAS DE FEAR STREET  
VÓMITO CÓSMICO  
R. L. STINE



Digitizado por **LIBRO**dot.com  
<http://www.librodot.com>

## 1

La mayoría de los chicos no tienen que rogar a sus perros que corran tras una pelota. Pero Gordi no es como la mayoría de los perros.

-¡Atrapa la pelota, Gordi! -le supliqué mientras recobraba el equilibrio después del lanzamiento-. ¡Vamos, que sabes cómo hacerlo!

Gordi meneó el rabo. Después vio que se movía e intentó mordérselo.

-Vamos, Gordi -grité. Le lancé la pelota de tenis amarilla. Pasó volando junto a su hocico.

Gordi se dejó caer sobre la hierba. Ni siquiera parpadeó al oír que la pelota pasaba silbando junto a él.

La puerta corrediza se cerró de golpe. Giré y vi a mi hermana mayor, Michelle, caminando hacia mí. Llevaba, como siempre, un libro de texto bajo el brazo.

-¿Cuándo vas a enfrentarte a la realidad, Al? -me preguntó sentándose bajo el manzano-. Tu perro es un absoluto imbécil.

-No lo es -protesté-. Lo que pasa es que ahora no quiere jugar. ¿Verdad, Gordi? -Me senté junto a él y le acaricié la cabezota. Su pelaje lanudo de color marrón y blanco estaba caliente a causa del sol.

Michelle lanzó un bufido y abrió su libro de cálculo.

-¿Estás estudiando? -le pregunté-. ¿Un sábado? ¿Y dices que Gordi es un estúpido?

-Quiero sacar las mejores notas de toda mi clase de primero -dijo Michelle.

Michelle tiene catorce años, sólo tres más que yo. Pero ya está estudiando matemáticas de nivel universitario.

Si aún no te habías dado cuenta, ser inteligente lo es todo para ella. Y para mis padres también. Los tres son unos genios. Lo digo en serio. Son auténticos genios.

Es un castigo. Los profesores siempre me preguntan si soy el hermano menor de Michelle Sterner. Cuando digo que sí, esperan que estudie veinticuatro horas al día. Igual que ella.

Soy listo. Probablemente tan listo como Michelle. Pero no quiero pasarme toda la vida con la nariz metida en un libro. Me gusta divertirme.

A Michelle sólo le gusta estudiar, estudiar a todas horas. Si quieres saber mi opinión, por su propio bien le convendría no ser tan lista.

Gordi se incorporó lentamente con un gran bostezo. Se acercó al seto que recorre el flanco del jardín y empezó a escarbar.

Después fue trotando hasta donde estaba Michelle y empezó a hacer otro agujero.

Pocos minutos después ya tenía en marcha un nuevo agujero junto a la verja trasera.

Michelle negó con la cabeza.

-Tu perro es tan idiota que ni siquiera puede acordarse de dónde ha enterrado su hueso. Deberías agenciarte un gato -me dijo Michelle-. Los gatos son muy inteligentes.

-¿Como Chester? -le pregunté. Chester es el gato de Michelle. Michelle cree que es inteligentísimo.

-¿Ya te he dicho que ahora puede contar hasta ocho? -me preguntó Michelle.

-¿También puede multiplicar y dividir? -bromeé.

Michelle me sacó la lengua.

-Puede levantar la cortina cuando quiere luz. Y sabe cómo saltar sobre el abrelatas eléctrico cuando tiene hambre. Y...

-¿Y qué importa si es listo? -la interrumpí-. Las mascotas no están para eso.

Pero Michelle no me hizo caso

-Vi por televisión un gato que aprendió a tirar de la cadena del baño -continuó-.

También le estoy enseñando a Chester a hacerlo.

-Vaya, pues sí que eres perezosa, Michelle, ¿no puedes tirar de la cadena tú misma?

-No va a tirar de la cadena por mí, bobo. Voy a enseñarle a que utilice el baño como nosotros. Y después ya no necesitará tierra para hacer sus necesidades.

-Michelle, te estás volviendo loca de remate.

-Tienes envidia porque ni siquiera puedes enseñar a Gordi a que te traiga las cosas. Chester es un millón de veces más listo que tu perro. Probablemente incluso es más listo que tú.

-Muy graciosa, Michelle. Pero muy graciosa.

-Si se lo pides a Chester con amabilidad -continuó Michelle-, estoy segura de que a ti también te enseñará a tirar de la cadena.

-Vámonos adentro, Gordi -le dije a mi perro-. No tenemos por qué aguantar esto.

Crucé el jardín y tomé a Gordi de su collar. Tuve que tirar de él tres veces, con fuerza, antes de que se diera cuenta de que quería que viniese conmigo. Después entramos en casa.

Mamá estaba junto a la mesada de la cocina, decorando una torta.

-No mires, Al -me dijo, moviendo hacia mí una espátula manchada de chocolate por todas partes.

Mamá tenía por toda la cara pequeños puntitos de chocolate. Parecían pecas enormes. Tanto mamá como yo tenemos montones de pecas, y el mismo pelo rojo y los ojos castaños.

-Pero, mamá -exclamé-. Hoy es mi cumpleaños. Ya sé que es mi torta de cumpleaños.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de esto, pensé.

-Aun así, quiero que sea una sorpresa -dijo con firmeza-. Vete a tu habitación y espera. Y no salgas de allí hasta que nos oigas cantar. Puedes ponerte a memorizar todas las capitales de los países sudamericanos para el colegio.

Suspiré.

-Me las sé todas y cada una de memoria, mamá.

-¿Y si estudias para el concurso de ciencias del miércoles? -me sugirió mamá.

Me encogí de hombros y fui por el pasillo hasta mi habitación, arrastrando a Gordi tras de mí. En mi casa, si no estudias para una cosa, estudias para otra.

Mamá y papá son investigadores. Por eso me llamaron Al, como el mismísimo Albert Einstein.

Supongo que no puedo culparlos por esperar que yo acabara siendo una especie de genio científico. Pero me gustaría que entendieran que jugar al béisbol y salir con mis amigos no es malgastar mi "maravilloso cerebro", como dice mi madre.

En cuanto entramos en mi habitación Gordi bostezó y se dejó caer en el suelo. Tomé un número de la revista *Súper Cuchillas* y me tumbé en la cama.

Me pregunté qué habrían preparado papá y mamá este año para mi cumpleaños. En estas celebraciones siempre nos llevan a Michelle y a mí a algún acontecimiento cultural. Algunas veces es un concierto o, si hay auténtica mala suerte, vamos a la ópera.

Además siempre nos hacen regalos educativos. Aburridos. Completamente aburridos.

Quería que este año fuera diferente. Así que les di a entender que quería unos patines. Y lo hice de un modo bastante evidente. Dejé por todas partes anuncios de los patines que me gustaban.

Además, no perdí ninguna oportunidad de mencionarlos, haciendo que sonaran de lo más educativo. Le dije a mi madre que los patines eran excelentes para la coordinación de los sistemas ocular y motor.

Le dije a Michelle que mejoraban el proceso de toma de decisiones en situaciones de urgencia.

Le dije a mi padre que había una gran oferta de patines en Dalby.

Confiaba en que sacarían las conclusiones acertadas. Para ser tres personas brillantes, hay ocasiones en que pueden ser bastante duros para entender indirectas.

Mientras hojeaba *Súper Cuchillas*, oí pasos que descendían por las escaleras del sótano.



Eso significaba que ya casi estaban preparados para empezar a cantar. Siempre utilizamos el sótano para las celebraciones.

Dejé la revista de patinaje en el suelo y salté de la cama.

-¿Preparados?-grité desde el pasillo. Estaba muy emocionado. Casi podía sentir aquellos patines en los pies.

-Díganme cuando estén preparados -grité.

Ya no podía aguantar más el suspenso.

-¿Ya? -pregunté.

-¡Ya!

Me lancé a la carrera.

Abrí la puerta del sótano y vi a mamá y a papá al final de las escaleras. Michelle estaba delante de ellos, sosteniendo la torta. Todas las velas estaban encendidas.

Empezaron a cantar *Cumpleaños feliz*.

Bajé las escaleras lentamente, mirando por el sótano, intentando localizar mi regalo.

Mis ojos se posaron como flechas en el complejo informático de mamá.

Allí no había nada.

Miré hacia la gran mesa que había en medio de la habitación. Encima de ella había uno de los experimentos de Michelle. Nada más.

Después miré hacia la lancha motora solar en la que estaba trabajando mi padre. En torno de ella había miles de herramientas de alta tecnología. Ningún regalo.

Nada.

No lo puedo creer, pensé. No están los patines. No me han hecho ningún regalo.

Me quedaban tres peldaños por bajar. Lancé una última mirada a mi alrededor, pero no vi nada envuelto en papel de regalo.

Por fin llegué al final de las escaleras, justo donde estaban Michelle y mis padres, y me llevé la mayor sorpresa de mi vida.

## 2

*¡BOOM!*

Una enorme explosión sacudió el sótano.

El suelo, las paredes, todo se tambaleó. El experimento de Michelle cayó de la mesa y se hizo añicos al estrellarse en el suelo. Las herramientas de papá salieron volando en todas direcciones.

Cuando la fuerza de la onda expansiva me derribó solté un grito.

Caí con un ruido sordo sobre el duro cemento.

Mamá, papá y Michelle se me acercaron. Riendo. Partiéndose de risa.

-No te has hecho daño, ¿verdad, Al? -me preguntó mamá, todavía riéndose.

-Estoy bien -gruñí-. ¿Qué ocurre? ¿Qué es tan divertido?

-Sorpresa -cantó papá-. Queríamos celebrar tu cumpleaños con gran estruendo.

-Vaya, qué bien -dije, sacudiéndome la ropa.

-No lo entiende -anunció Michelle.

-¿Qué tengo que entender?

-Odio tener que admitirlo, pero lo cierto es que estaba muy confundido.

-El regalo es un juego de química -explicó mamá. Se hizo a un lado. Detrás de ella, en el suelo, había una caja enorme con las palabras EL FUTURO CIENTÍFICO impresas en grandes letras rojas en la parte delantera.

-Bienvenido al maravilloso mundo de la química, Al -dijo papá-. Aquí vas a tener un

montón de aventuras emocionantes.

Miró hacia los cristales rotos y las sustancias químicas vertidas que había en el suelo.

-Michelle tuvo que usar algunas cosas del juego para preparar la explosión. No te preocupes. Lo volveremos a dejar como antes.

-Muchas gracias, mamá. Papá -murmuró-, el juego de química es muy...

-¿Estimulante? -preguntó papá.

-Esa era exactamente la palabra que estaba buscando -dijo.

-¿De verdad te gusta? -preguntó mamá.

-Me encanta -mentí.

No quería herir sus sentimientos. Me daba cuenta de que para ellos el juego de química era un regalo increíble.

Ya he dicho que podían ser duros para entender indirectas.

Esforzándome por disimular mi decepción, abrí la caja y observé la fila de tubos de ensayo que había en su interior. Pero cuando agarré un tubo lleno de un líquido verde, papá me lo quitó de las manos.

-Todavía no, Al -me dijo, colocando el tubo de nuevo en su lugar.

-Necesitas una lección sobre cómo utilizar todas estas sustancias químicas -dijo mamá.

-Recuerda que no es un juguete -añadió papá-. Michelle te enseñará a utilizar el juego de química con responsabilidad.

-¿Y por qué no tú o mamá? -pregunté.

-Bueno, hace mucho tiempo que ni mamá ni yo manejamos un juego de química -contestó papá-. Y Michelle sabe bastante más que nosotros.

-La explosión la ha preparado Michelle -añadió mamá-. Ha sido su modo de desearte un cumpleaños feliz.

No sé por qué, pero aquello no me sorprendió.

-Basta con que le digas a Michelle cuándo vas a empezar a utilizarlo -continuó mamá.

-Lo antes posible -respondí, confiando en que sonase como si de verdad lo deseara-. De verdad, lo antes posible.

Si hubiera sabido que estaba a punto de meterme en la peor pesadilla imaginable, no habría abierto aquella caja.

Habría esperado hasta el final de los tiempos.

### 3

Vaya cumpleaños.

Primero un juego de química. Después una noche en la ópera que me pareció interminable.

Incluso cuando finalmente el villano le atravesó el corazón al héroe con su espada, el tipo siguió dale cantar y cantar.

Y el día después de mi cumpleaños las cosas no estaban saliendo mucho mejor.

Era domingo. Para mí, eso significaba que podría estar afuera haciendo algo divertido. Para papá y mamá, significaba estudiar. Así que eso es lo que estaba haciendo: memorizar datos de mi libro de *Enigmas científicos* para el concurso de ciencias.

El Colegio Shadyside había ganado el campeonato estatal tres años seguidos. Con Michelle en su equipo, ¿cómo iban a perder?

Pero el año pasado Michelle pasó al Instituto Shadyside. Entonces todo el mundo empezó a decir que había llegado mi turno de mantener bien alta la tradición vencedora de la

escuela. Y por eso estoy metido en mi habitación, estudiando.

Leí la primera pregunta: ¿Cuál es el resultado de la fotosíntesis?

Antes de poder hallar la respuesta, empecé a percibir un olor nauseabundo. Tuve que ir a investigar. Alguien podría morir con semejante olor.

Me fijé en todos los dormitorios y bajé hasta el recibidor. Estaban vacíos.

En cuanto vi a Michelle en la cocina, supe que había encontrado la causa de aquella pestilencia asquerosa.

-Estás haciendo magdalenas otras vez, ¿verdad? -la acusé-. Admítelo, Michelle.

-No las toques -gruñó, poniéndose frente a la mesada e impidiéndome verlas-. No las mires siquiera.

-Demasiado tarde -le dije-. Ya las he visto. Han quedado completamente quemadas.

-Sólo están un poco oscuras en los bordes -afirmó-. A los miembros de mi club de ajedrez les van a encantar.

-¿Vas a envenenar a tus amigos? -le pregunté-. Eso es perverso, incluso viniendo de ti.

Alguien llamó a la puerta y Michelle corrió a abrir. Pero yo llegué primero. Colin, mi mejor amigo, entró en casa.

-Vaya, sólo eres tú -murmuró Michelle.

-¿Qué? -dijo Colin-. ¿Qué quieres decir con que soy sólo yo?

-Su club de ajedrez tiene una reunión aquí -le expliqué-. Probablemente esperaba que fueses Jonathan Muller. Es el presidente del club y está loca por él.

-No es cierto -saltó Michelle. Pero se le puso la cara como un tomate.

-Sí, claro -respondí-. Deberías ver su cuaderno de espiral -le dije a Colin con una mueca-. Tiene páginas enteras llenas del nombre "Michelle Sterner Muller". Quiere casarse con ese tipo o algo así.

Colin se rió disimuladamente. Michelle me tiró una manopla.

-¿Y tú qué hacías metiendo las narices en mi cuaderno? -dijo gritando-. Eso es propiedad privada.

Le devolví la manopla por el aire.

-Mamá me dijo que podía hacerlo -le informé-, porque me había quedado sin papel. Michelle me miró con odio.

-Si se lo dices a alguien, te mato. -Giró hacia Colin.

-Y a ti también -amenazó.

-De acuerdo -dijo Colin-. ¿Puedo comerme una magdalena?

Antes de que pudiera detenerlo, Colin se metió una de las magdalenas asesinas en la boca.

-Bueno, voy a llamar a emergencias -dije.

-Vaya, son increíbles -exclamó Colin.

-¿Ves? -contestó Michelle orgullosa.

-Son totalmente increíbles -dijo Colin, tragando-. ¿Cómo consigues que tengan sabor a carbón?

Choqué las manos con Colin.

-Buen tanto -gritó-. Dos puntos.

-Fuera de aquí, idiotas -gritó Michelle.

-Vamos, Colin -dije-. Vamos al sótano.

Quiero mostrarte mi regalo de cumpleaños.

-Bueno. Tengo muchas ganas de ver los patines -respondió Colin.

Negué con la cabeza.

-No me los han regalado.

-No puede ser -exclamó Colin-. ¿Tus padres te hicieron lo de siempre?

-Sí. -¿Qué más podía decir?

Llevé a Colin abajo. Chester, el inteligentísimo gato de Michelle, nos siguió. Se agazapó en una esquina y observó cómo abríamos el juego de química. Nos miró como

diciendo: "Me voy a contarle a Michelle. Me voy a contarle a Michelle. No tienes que tocar eso si no está Michelle".

Más vale que mi hermana aún no le haya enseñado a hablar, pensé.  
Colin sacó una probeta llena de cristales de color púrpura.

-¿Qué tienes que hacer con todo esto? -Aún no lo sé. No debería utilizarlo hasta que me enseñe Michelle -respondí.

Oí el timbre de la puerta. Los idiotas ajedrecistas de Michelle ya estaban aquí.

-No hace falta que la esperemos -dijo Colin con una sonrisa maliciosa-. Vamos a divertirnos un rato solos. -Agarró un tubo de ensayo lleno de un líquido rojo y lo vació en una probeta.

-Más vale que no -le advertí-. Te puedes meter en un buen lío si no sabes lo que haces.

-No voy a hacer nada demasiado grande -dijo Colin-. Sólo una pequeña bomba de olor.

-No sé -dije-. Mis padres me dijeron que no...

-Podemos hacerla explotar arriba -me interrumpió Colin-. ¿No quieres ver cómo tu hermana se ahoga y se asfixia, justo delante del chico que le gusta?

Eso sí sería divertido. Al menos hasta que se enteraran mis padres.

-¿Dónde está el manual? -me preguntó Colin, buscando por la caja.

-Creía que ya sabías cómo hacerla -contesté.

-No, no sé -admitió Colin-. Pero debe de haber instrucciones por alguna parte.

-Sí, claro -dije sarcásticamente-. Basta con mirar en la B de Bomba.

Colin encontró el folleto de instrucciones y lo *hojeó*, negando con la cabeza.

-Aquí no dice nada -murmuró.

-Vamos -le dije-. Podemos ir a dar una vuelta al centro o a algún otro sitio.

-No. Quedémonos aquí. No necesitamos las instrucciones. No ha de ser muy difícil conseguir algo que huela mal -afirmó Colin-. Tu hermana lo consigue sin tan siquiera intentarlo.

Me reí. Colin siempre sabe cómo hacerme reír. Esa es una de las razones por las que somos tan buenos amigos.

Colin inclinó el tubo de ensayo con cristales de color púrpura sobre el líquido rojo.

-Colin. No hagas eso -le advertí.

No me hizo caso.

Inclinó un poco más el tubo de ensayo.

-Colin. No sabes lo que estás haciendo -le grité.

Los cristales púrpura empezaron a caer.

Miré las etiquetas de los tubos de ensayo.

-El rojo y el púrpura no, Colin. Esos dos no -grité-. Vas a hacer volar la casa.

## 4

Le arrebaté la probeta.

Los cristales púrpura se derramaron y se esparcieron por toda la mesa de trabajo.

-No puedes mezclar sustancias químicas sin saber qué puede pasar, Colin. Estas dos podrían haber causado una explosión -le grité.

-Vaya -contestó Colin-. ¿Esto significa que nada de bombas de olor sólo porque temes que la casa vuele por los aires?

Me reí. No pude evitarlo. Como ya he dicho, Colin sabe cómo hacer que me parta de

risa.

-Bueno, bueno. Nada de bombas de olor -dijo Colin, cediendo-. Vamos al centro comercial.

Empezamos a ordenar el juego de química.

-Eh, ¿qué es esto? -preguntó Colin mientras intentaba volver a meter la hilera de tubos de ensayo en la caja.

Sacó una hoja suelta de papel del fondo de la caja.

-Mira. ¿Te parece lo bastante bueno? -preguntó.

Miré por encima de su hombro y leí el papel. Instrucciones, instrucciones para hacer una bomba de olor. Qué extraño.

Las instrucciones estaban escritas en un trozo de papel de color anaranjado que no se parecía en nada al papel en que estaba impreso el manual. Muy extraño.

-Vamos a hacerlo -Colin me incitó-. Tenemos todo lo que se necesita.

-Bueno, de acuerdo. -Finalmente accedí. ¿Cómo iba a dejar pasar esa oportunidad de dejar a Michelle en ridículo?

Medimos las sustancias químicas minuciosamente y las combinamos en una probeta limpia.

-No añadiremos ésta hasta que estemos en nuestra posición en el piso de arriba -le dije a Colin. Le mostré un tubo de ensayo lleno de un polvo amarillo.

-Buena idea -respondió.

Subimos las escaleras de puntillas y entramos en la cocina. Eché un vistazo al salón. Jonathan Muller estaba junto a la chimenea, hablando sobre un torneo de ajedrez que estaban organizando.

Vi a Michelle en el sofá. Estaba inclinada hacia adelante, mirando fijamente a Jonathan desde el lado opuesto de la habitación. Los demás chicos también estaban con la mirada puesta en Jonathan. Perfecto.

-Vamos -susurré. Me puse en cuatro patas y entré disimuladamente en el salón. Me arrastré hasta quedar detrás del sofá y me escondí detrás de éste. Colin me siguió.

-¿Preparado? -me indicó Colin, levantando la probeta.

-Sí -susurré, levantando el tubo de ensayo-. Aguanta la respiración.

-¿No querrás decir que me aguante la nariz? -bromeó Colin.

Me reí con él. Después vertí el polvo amarillo en la probeta.

Nos agazapamos más aún contra la parte trasera del sofá y esperamos. Pero no ocurrió nada.

-Huélelo -susurré.

Colin se llevó el tubo de ensayo a la nariz.

-No huele a nada -suspiró.

-Idiotas. ¿Qué están haciendo aquí? -Michelle se asomó por encima del respaldo del sofá, con una expresión más dura de lo normal.

-¿Qué hay en esa probeta, Al? -me preguntó.

-No hay nada -mentí-. De verdad.

-No puedes utilizar tu juego de química hasta que yo te enseñe a hacerlo -gritó-. ¿Es que nunca sigues las instrucciones?

-¡Pero si hemos seguido las instrucciones! -exclamó Colin, enseñando el papel anaranjado-. No es culpa nuestra que la bomba de olor no haya explotado.

Gracias, Colin, pensé. Muchas gracias.

-¿Estaban intentando tirar una bomba de olor en mi reunión? -dijo Michelle con un grito agudo-. Ya verás cuando se lo diga a papá y mamá. Ya verás.

Colin y yo nos fuimos a la cocina.

-Y deja en paz ese juego de química -gritó Michelle a nuestras espaldas.

-¿Tu hermano menor no sabe ni hacer una bomba de olor? -oí que le decía alguien a Michelle-. ¿Seguro que son parientes?



Me sentí como un completo estúpido. Que me descubrieran utilizando el juego de química ya era grave. Pero era peor saber que Michelle y sus amigos me consideraban demasiado estúpido para hacer una bomba de olor.

-¿Qué hacemos con esta porquería? -me preguntó Colin cuando volvimos al sótano.

-Tirlarla, supongo.

-¿A la basura? -me preguntó Colin.

-No, la tiraré por la pileta. -Agarré la probeta y me di cuenta de que la solución estaba tomando un color anaranjado de lo más raro. Anaranjado neón.

-¿Ha empezado a funcionar ahora? -gruñó Colin.

Olí aquella porquería viscosa.

-No. No funciona. Sigue sin oler -le contesté.

Coloqué la probeta sobre la mesa.

-Vamos a guardar el juego de química, antes de que llegue mi madre. Se pondrá hecha una fiera si se entera de que he estado usándolo sin ayuda de Michelle.

-¿Por qué te vas a preocupar? -me preguntó Colin-. Michelle va a contarle de todos modos. Seguro.

Tenía razón. Probablemente le contaría.

Chester estaba sentado en el rincón del sótano. Ya me había olvidado que estaba allí. Dejó escapar un prolongado maullido. Después se levantó y se encaramó a la mesa de un salto.

Se acercó hacia la probeta, moviendo la cola a un lado y a otro.

-¿No tendrías que estar haciendo tus problemas de matemáticas, Chester? -le pregunté. Chester se acercó sigilosamente a la probeta.

-Fuera de la mesa. Fuera. -Le di un pequeño empujón y derribé la vasija con la bomba de olor.

La sustancia viscosa de color naranja se derramó sobre la mesa. Espesa y pegajosa.

Un poco de esta sustancia impregnó una de las patas delanteras de Chester.

Se le erizó todo el pelo.

Arqueó el lomo.

Agachó las orejas.

Lanzó un bufido hacia la sustancia viscosa, enseñando sus dientes blancos y afilados.

Después bajó de la mesa de un salto, subió las escaleras a toda prisa y se encogió asustado junto a la puerta.

-Mira -dijo Colin asombrado-. Está rezumando por todas partes.

Colin tenía razón.

La sustancia se había extendido a través de la mesa. Y había bajado por las patas hasta llegar al suelo.

Ahora estaba atravesando la habitación.

-Mi madre me matará si no hemos limpiado todo esto antes de que llegue a casa.

Me acerqué a toda prisa a la pileta y saqué un enorme rollo de toallas de papel. Rasgué una tira de gran tamaño y se la pasé a Colin.

-No lo toques -le aconsejé-. No sé qué pueden hacerle a la piel estas sustancias químicas.

Colin se envolvió la mano izquierda con las toallas de papel hasta tenerla cubierta por una bola de papel del tamaño del guante de un receptor de béisbol.

Después nos pusimos manos a la obra.

Las toallas de papel no absorbían la sustancia como había esperado. Cada vez que la tocaban, se dividía en bolitas que se alejaban rodando.

-Qué cosa tan extraña -exclamó Colin-. Esto sí que es raro.

-Prueba a hacerlo de este modo -le sugerí. Con una toalla de papel en cada mano, atrapé un poco de fango. Incluso a través del papel, la sustancia tenía un tacto esponjoso y gelatinoso.

-Yo me encargaré de la mesa. Tú limpia el suelo -le ordené mientras agarraba otro grumo de color anaranjado neón.

-No acabaremos nunca de limpiar esta porquería. Se escapa todo el tiempo de las manos. -Colin hizo otro guante de béisbol de papel. Se arrastraba por el suelo intentando atrapar la sustancia fangosa.

-Tenemos que hacerlo -le dije-. Tenemos que limpiarlo. Mi madre no puede llegar a ver este estropicio. De ningún modo. -Abrí otro rollo de toallas de papel y empecé a combatir el fango de nuevo.

Perseguimos aquella sustancia por toda la habitación hasta que sólo quedó un charquito sobre la mesa. En cuanto lo toqué con el papel, se deslizó. Pero tenía la otra mano preparada para detenerlo.

-Ya está -gritó Colin-. ¿Y ahora qué hacemos con todas las toallas de papel? ¿Las tiramos por el inodoro?

Miré al suelo. A la montaña de toallas de papel que habíamos amontonado allí.

-No. No podemos hacer eso. Lo atascarían -respondí.

-De acuerdo -contestó Colin-. Entonces las tiraré a la basura.

-No. No. Eso tampoco lo podemos hacer. No recogen la basura hasta el sábado -le expliqué-. No quiero que quede ni rastro de esta sustancia por aquí.

Recorrí el sótano con la mirada. Hasta dar con una enorme caja roja, una vieja heladera portátil que papá utilizaba para ir de pesca. Perfecta.

-Las podemos meter ahí -dije-. Y más vale que nos demos prisa. Mi madre llegará de un momento a otro.

Levanté la tapa de la caja. Estaba llena de tierra para gatos. Bolsas y bolsas de tierra para gatos.

-Al. ¿Estás ahí abajo? -dijo mamá desde el piso de arriba-. Ya estoy en casa.

## 5

Ayúdame, Colin -le susurré mientras empezaba a vaciar de bolsas el cofre.

Click. Click. Click.

El ruido de los tacones altos de mamá empezó a descender las escaleras del sótano.

-Date prisa, Colin. ¡Date prisa!

Agarré grandes montones de toallas de papel, con cuidado de que aquel fango no me tocara las manos.

Chester lanzó un maullido lastimero.

-¿Qué te ocurre, gatito? -dijo mi madre mientras descendía-. Soy yo. No tienes por qué asustarte.

Los tacones de mamá bajaron por las escaleras haciendo cada vez más ruido, acercándose poco a poco.

Aparté la tapa de la heladera y amontoné los papeles en su interior. Colin apiló los suyos encima y cerró la tapa de un golpe.

Lo habíamos conseguido.

Con el pie izquierdo empujé la heladera hasta meterla debajo de la mesa, justo en el momento en que mamá entraba en la habitación.

-¿Qué hacen? -preguntó.

-Aquí, pasando el rato -respondí, dándole a mi voz un tono normal.

Mamá me miró con recelo.

-Ya veo que has sacado el juego de química. ¿Ya te ha enseñado Michelle a utilizarlo

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

